

Acto de homenaje a don Jesús Hernández Perera

El pasado día 4 de mayo tuvo lugar en el Salón de Grados de la Facultad de Geografía e Historia de nuestra Universidad el acto de entrega formal del Libro-Homenaje al profesor Dr. D. Jesús Hernández Perera. Homenaje cuya convocatoria hemos de agradecer a la profesora Dra. D.^a Virginia Tovar Martín, directora del Departamento de Arte-II (Moderno), y cuya publicación, que a todos nos complace, se ha hecho realidad gracias a los desvelos que desde el cargo de director general del Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias ha desplegado el profesor Dr. D. Celso Martín de Guzmán.

El acto que en representación del Excmo. Sr. Rector Magnífico, estuvo presidido por el Vicerrector de Estudios, Dr. Bustos; por el Vicerrector de Departamentos y Centros, Dr. Fernández Ruiz; por el Decano de la Facultad de Geografía e Historia, Dr. Portela; por la directora del Departamento de Arte-II, Dra. Tovar Martín, y por el Dr. D. Celso Martín de Guzmán, consistió en la presentación de la biografía académica del profesor Hernández Perera a cargo de tres de sus discípulos, profesores hoy de nuestra Universidad. Intervino en primer lugar la Dra. D.^a Ana M.^a Arias de Cossío, que resumió la labor del Dr. Hernández Perera durante su etapa de profesor adjunto en la Universidad de Madrid y de Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna, haciendo especial hincapié en su gestión como Rector al frente de la Universidad Canaria, hasta 1972.

A continuación intervino el Dr. D. Carlos Pérez Reyes para presentar la labor realizada por el profesor Hernández Perera como Catedrático de Historia del Arte de esta Universidad desde el curso académico 1972-73 y su labor como presidente de la Sección de Arte y Director del Departamento de Historia del Arte.

Finalmente intervino el profesor Dr. D. Diego Suárez Quevedo para presentar la labor actual del profesor Hernández Perera como profesor emérito.

A continuación intervino el Dr. Portela Sandoval para glosar la personalidad humana del homenajeado, y finalmente el Dr. Bustos, en nombre del Rector, ofreció el homenaje.

El acto finalizó con las emocionadas palabras de agradecimiento del Dr. Hernández Perera y con una copa de vino español.

INTERVENCIÓN DE ANA MARÍA ARIAS DE COSSÍO

Nos reúne hoy en este Salón de Grados de la Facultad de Geografía e Historia la entrega formal del libro-homenaje al profesor Dr. D. Jesús Hernández Perera. Homenaje cuya convocatoria hemos de agradecer a la profesora Dra. D.^a Virginia Tovar Martín, directora del Departamento de Arte-II, y cuya publicación, que a todos nos complace, se ha hecho realidad gracias a los desvelos desde el cargo de director general del Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, del profesor Dr. D. Celso Martín de Guzmán.

Pocas tareas me pueden resultar tan emocionantes como la de poder presentar en público la biografía académica y la obra de quien es mi maestro. Una biografía académica implicada en muchos momentos difíciles y muchos cambios que ha sufrido la universidad española entre los años 60 y 90 y que el profesor Hernández Perera ha vivido desde los cargos de máxima responsabilidad académica.

El haber podido seguir curso a curso esta trayectoria desde que inicié mi carrera universitaria, en octubre de 1964, hasta hoy, 4 de mayo de 1993, veintinueve años largos, supone para mí el enorme privilegio de haber podido formarme al lado de alguien que hizo del rigor profesional en la docencia y de la actitud ética en la gestión, los pilares en los que apoyar su actividad universitaria, un verdadero regalo del que me siento muy orgullosa y para el que cada vez me resulta más difícil encontrar palabras de agradecimiento.

La biografía universitaria del prof. H. P. se puede articular en tres etapas muy claramente diferenciadas. Una primera que se cierra en el año 60 al ganar la oposición a la cátedra de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna. La segunda, la más intensa y decisiva que transcurre en nuestra Universidad lagunera y que concluye al iniciarse el curso académico 72-73 y tomar posesión de la primera cátedra de Historia del Arte de esta Universidad, en la que transcurre la tercera etapa de esta trayectoria académica. Si hubiera que buscar un denominador común que englobara las tres, yo no duraría en señalar que ése era la *entrega absoluta a la Universidad* en su doble vertiente de profesor, de maestro generoso de su saber, y de autoridad académica firme en la defensa de los intereses de la Universidad que con tanto acierto rigió.

La primera etapa ésa que llamamos siempre de formación, se reparte entre las Universidades de La Laguna y Madrid, donde estudia e imparte las primeras clases y donde se doctora y da clases como profesor adjunto de Historia del Arte, respectivamente. Su actividad de profesor en Madrid la compartió con tareas en el Instituto de Arte D. Velázquez, primero como becario y como secretario después, siendo además secre-

tario de la revista *A.E.A.*, la revista del Instituto, y secretario asimismo de la revista *Goya* de la Fundación Lázaro Galdiano. Desde esos años madrileños, que en muchas ocasiones le he oído calificar como «los tiempos heroicos», la obra del profesor H. P. no se refiere sólo al campo de las artes decorativas, como muchas veces se dice, sino que cubre un amplio campo, indudablemente reflejo de su amplitud de criterio, que incluye temas de arte español y temas de arte canario.

Como es lógico, no voy a reseñar una a una sus publicaciones cuya sola enumeración ocupa varias páginas del formato de Curriculum oficial que ha adoptado nuestra Universidad, pero sí decir que las revistas de *Historia de Canarias*, *A.E.A.*, *Anuario de Estudios Atlánticos*, la revista *Goya* o incluso otras menos conocidas, acogieron los títulos que reflejan ese múltiple interés al que antes me he referido.

Este resumen de la obra del profesor H. P. entre los años 50 y 60 más o menos debe iniciarse con la *Orfebrería de Canarias*, presentada en esta Universidad como tesis doctoral, galardonada con el Premio Menéndez Pelayo de 1951, y publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1955, que reviste particular importancia al constituirse en modelo metodológico para los investigadores que con posterioridad se han acercado a ese campo.

A partir de este libro hay varios artículos referidos a orfebrería pero, también a otros capítulos de las artes decorativas sirvan de ejemplo los publicados en «Archivo sobre los plateros madrileños de la cera verde» (1952), «La obra del platero cordobés Damián de Castro en Canarias» (1952), «Una cruz del platero de Juan Fanci en Londres» (1956), «Un alabastro gótico inglés en Las Palmas» (1956) o «Velázquez y las joyas» (1960). En la revista de *Historia de Canarias* se incluyen otros títulos: «La parroquia de la Concepción de la Orotava, apuntes histórico-artísticos», «Los planos de Ventura Rodríguez para la Concepción de la Orotava» (1950), «La catedral de Santa de Las Palmas y Flandes» (1952). En el año 1957, el Consejo publica en la «Colección artes y artistas *Escultores florentinos en España* y al año siguiente el E. Carbonell publica *La pintura española y el reloj*. Asimismo en las páginas de la revista *Goya* pueden encontrarse artículos referidos a Miguel Fisac (1955): «El palacio Gelmírez restaurado» (1956), «Los esmaltes románicos y su origen español» (1956), «Pinturas de Juan Carreño de Miranda en el M. Lázaro» (1957), «Siete pintores en la Sala Biosca» (1957), «Alabastros ingleses en España» (1958), «Rubens y el archiduque Alberto» (1958), «Las artes industriales españolas en la época románica de 1960». Por último, en el *Anuario de Estudios Atlánticos* pueden leerse trabajos sobre: «Los retratos reales de Luis de la Cruz y Ríos» (1955), «Antonio Sánchez González, pintor adornista y conspirador» (1957), y asimismo pueden en-

contrarse artículos publicados en la revista *Arbor*, en la revista *Índice*, además de algún texto de catálogo como el redactado en colaboración con D. Diego Angulo y D.^a Carmen Bernis a propósito de la Exposición de Arte Antiguo que se celebró en 1956.

Con estos títulos, que no son más que una selección completamente personal, llegamos al año 1960 y, por tanto, a la incorporación del profesor H. P. a la Cátedra de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna; se inicia, por tanto, la segunda etapa en esta apresurada biografía académica, la etapa, sin duda, más ilusionada y de mayor actividad repartida entre la docencia y la investigación que no abandonó ni siquiera siendo rector y los mil y un asuntos de gestión que le tocó plantear y que tan brillantemente resolvió. Unos años, en fin, cuya sola evocación me produce un temblor de emoción que me resulta muy difícil controlar. Nada más llegar a La Laguna el Dr. H. P. es nombrado decano de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que ocupa entre 1961 y 1964. Como decano impulsó, bajo el patrocinio de la propia Universidad, del Cabildo Insular y del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, los cursos que llevaban muchos años interrumpidos, proponiendo y programando cursos de lengua y conferencias de historia, geografía, folclore, biología, pensamiento y arte, cursos que él mismo regentó y que con una matrícula creciente acabaron por consolidarse con muy pocas variantes. En la Facultad de Filosofía y Letras organizó, en colaboración con el Instituto de Estudios Canarios, el diploma de estudios canarios, que se celebra cada otoño desde 1961 hasta la actualidad. También siendo decano organizó, dentro del curso para extranjeros que se celebran en el Puerto de la Cruz, los cursos de arte español, que se iniciaron en 1962 y que él dirigió entre el 62 y 65.

En el año 1964 es nombrado vicerrector de la Universidad, cargo que ostenta hasta el 68. Además, entre el 66 y el 68 es secretario general de la Universidad Internacional de Canarias de Las Palmas de Gran Canaria. Al mismo tiempo imparte las clases de Historia General del Arte correspondientes a lo que entonces era primero de comunes y a partir del curso académico 66-67 la asignatura correspondiente a la recién creada Sección de Historia, de la que yo fui alumna, lo que me permitió no interrumpir el magisterio del Dr. H. P. en ningún curso de la carrera. También en estos años imparte la asignatura de arte inglés en la Sección de Filología Inglesa creada, creo, en el curso 64-65. A estos primeros años de La Laguna corresponden trabajos como el libro *Esculturas genovesas en Tenerife*, publicado por la Casa de Colón en 1961, o el «Catálogo de la exposición de arte sacro», con motivo del cincuentenario de la catedral de La Laguna y que publicó el Instituto de Estudios Canarios en 1963. Artículos sobre: «Los arquitectos de la catedral

de Las Palmas (1500-1570)», publicado por el Museo Canario en el 63; el artículo sobre el «Maestro de las medias figuras», aparecido en *Goya* en 1962; o el «Catálogo para la exposición iconográfica de la Virgen de Candelaria», publicado por el Círculo de BB. AA. en el 63; o el catálogo de la exposición «La Inmaculada en Tenerife», con motivo del III centenario de Zurbarán, del M. Municipal, 1964; o el estudio sobre las miniaturas del libro de «Horas de la Universidad de La Laguna», publicado por E. Canarios, 64-65; o varios artículos referidos a artistas canarios contemporáneos como los dedicados a Pedro González, 1967, y Chirino, Fernández Alba Millares, escultor, arquitecto, pintor (1966).

Pero en la biografía académica del prof. H. P. el año 68 marca el comienzo de una etapa de intensísima actividad. En mayo de ese año 68, un año emblemático para todas las personas de mi generación, es elegido rector por el Claustro de la Universidad y propone inmediatamente que el vicerrector lo sea asimismo por elección. En la brillante gestión de rector del prof. H. P. que voy a tratar de resumir hay dos logros que por su trascendencia para el futuro de la isla creo que deben resaltarse: uno la Facultad de Medicina y otro el Observatorio del Teide. La puesta en marcha de la Facultad de Medicina fue la primera tarea que le absorbió como rector, tarea para la que tuvo un colaborador de excepción y que compartió con él las ilusiones y las tensiones del proyecto a medida que se iba haciendo realidad; me estoy refiriendo al Dr. D. Miguel Guirao, catedrático de la Universidad de Granada, que desempeñó el cargo de decano-comisario desde el curso 69-70 hasta el 72-73, en un alarde de generosidad impagable y no desfalleció ni un momento en la enervante lucha que necesariamente hubo de mantener con la penuria de las instituciones y con las pequeñeces de la clase médica, todo ello fuera de su Universidad y lejos de su familia. Yo no he vuelto a ver al prof. Guirao desde entonces, pero en mi memoria de universitaria canaria hay un amplio rincón de gratitud por lo que hizo por nuestra Universidad y por nuestra isla y debo decir que me es muy grato poderlo decir públicamente. El Dr. Hernández Perera logra del Ministerio las dotaciones de las primeras cátedras de Anatomía, Fisiología y Biología y las adjuntías correspondientes y toda una plantilla de profesores que permitió instalar curso a curso el plan de estudios de medicina cuya primera promoción se graduó en el año 74. Paralelamente insistentes negociaciones (tarea en la que el prof. H. P. no conoce rivales) ante el Cabildo Insular, que ya había ofrecido al Ministerio el recién inaugurado Hospital General como Hospital Clínico, concluyeron con la cesión de solares para levantar el edificio de la recién creada Facultad de Medicina.

Sin embargo, no fueron ésas las únicas dotaciones de plazas logradas en incansables recorridos por dependencias ministeriales; consiguió

nuevas dotaciones para la Facultad de Ciencias que permitieron la implantación de la especialidad de Biológicas, que contó enseguida con nuevas cátedras de Botánica, Zoología, Edafología y Biología Marina. La Facultad de Historia contó con nuevas dotaciones de Prehistoria, Arqueología, Arte Moderno y Contemporáneo, e Historia Medieval. Tan reiteradas eran sus visitas a los despachos del Ministerio en busca de estas plazas y otros beneficios para la Universidad, que su figura se hizo familiar en los despachos de Alcalá, 34, con el singular nombramiento de «El rector de la libretita».

El otro gran proyecto logrado fue el Observatorio del Teide. El proceso se inicia logrando de los tres Ayuntamientos correspondientes la cesión del uso de superficie en Izaña para las instalaciones del Observatorio del Teide, en principio una iniciativa de la Cátedra de Astronomía de la Universidad de Madrid, que estuvo amparada por un patronato que únicamente contaba con dos becarios a los que casi nunca pagaba. Ante esta situación el prof. H. P. logra la dotación de una agregación de Astrofísica vinculada a la Facultad de Ciencias, lo que permitió a un flamante Francisco Sánchez iniciar la brillantísima ejecutoria del Instituto Astrofísico de Canarias, que ha logrado un prestigio mundial indiscutible con sus observatorios y telescopios internacionales instalados en el Roque de los Muchachos y en Izaña. Cuando vino el director general a la inauguración oficial vale la pena decir que además pudo inaugurar junto a la sede central de la Universidad el nuevo pabellón de la Facultad de Letras, el edificio de aulas, la torre de laboratorios de la Facultad de Ciencias y el bloque de viviendas para profesores. Todo ello ocurría en octubre de 1970. Junto a todo esto durante la *gestión rectoral del prof. H. P. se ampliaron las instalaciones del Colegio Mayor S. Fernando, se construyó el Colegio Mayor Femenino de Santa María, se creó el Instituto de Empresa dependiente del rectorado de La Laguna, se inauguró en la sala del Paraninfo el Cine-Club Universitario, se habilitó el vestíbulo de ese mismo Paraninfo como sala de exposiciones, se celebraron conciertos y recitales en el mismo Paraninfo en colaboración con el Instituto Goethe, el Comité Dante Alighieri, la Alianza Francesa y otras entidades culturales. Se representaron asimismo obras teatrales de Arrabal, de Brecht, de Genet, de Valle-Inclán y otras piezas de teatro de vanguardia con puestas en escena de Pepe Dámaso y Alberto Omar, dicho sea de paso sorteando siempre con gran habilidad la impenable prohibición gubernativa que dictaban aquellos tremendos gobernadores civiles y exigían poner en práctica unos no menos tremendos comisarios de policía. Toda esta actividad meramente académica que incluye dictar el curso de Arte Moderno de 5.º de la Sección de Arte y los últimos títulos publicados en esos años laguneros*

como el estudio sobre «Las esculturas flamencas en La Palma», aparecido en *E. C.*, 68-70; la contribución al homenaje de D. Elías Serra, titulado «Más relieves góticos ingleses de alabastro en España» (1970), o catálogos para las exposiciones de Cristino de Vera o Pepe Dámaso, ambas en el año 71. Toda esta actividad se mezclaba con cargos y actividades en instituciones culturales, delegaciones y un largo etcétera que le valieron múltiples nombramientos y distinciones. He de decir que yo que ya era ayudante en el seminario de arte y, como yo, todas las personas que allí estábamos veíamos esta actividad como algo que salía de forma absolutamente natural y jamás notamos que le faltara tiempo para atendernos.

Es evidente que para llevar a cabo esta brillante gestión en doce años de permanencia en la Universidad de La Laguna hizo falta una extraordinaria capacidad de gestión y una entrega absoluta guiada por un compromiso muy firme para defender en momentos políticos muy tensos la dignidad de la institución universitaria por encima de todo. Sin embargo, no me parece menos evidente que semejante éxito hubiera sido imposible sin el apoyo de M.^a Josefa, su mujer, que le acompañó en esa tarea y en ese compromiso sin un desfallecimiento, con el mérito añadido de no haber dejado nunca de ser ella misma por dolorosas, y lo fueron mucho, que le resultaran las consecuencias. Desde el comienzo de mis modestas tareas universitarias de entonces, su independencia de criterio fue un ejemplo de coherencia y autenticidad que nunca le agradeceré bastante.

Para terminar me van a permitir que haga referencia a una circunstancia personal. El 20 de septiembre de 1972 defendí mi tesis doctoral; era la primera tesis de la sección de Historia y la primera que dirigida por D. Jesús llegaba ante un tribunal. Unos días después el prof. H. P. tomaba posesión de la primera Cátedra de Historia del Arte de esta Universidad y yo recibía el nombramiento de ayudante adscrita a esa cátedra, iniciándose la tercera etapa de la biografía universitaria del prof. H. P. Termino, pues, agradeciendo a la Dra. Tovar Martín el que me haya dado la oportunidad de intervenir en este acto porque así he podido evocar en voz alta unos años que conforme avanza el tiempo me voy dando cuenta de lo importantes que fueron para mí.

INTERVENCIÓN DEL PROF. DR. CARLOS PÉREZ REYES

Excelentísimos señores vicerrectores, miembros del equipo de gobierno de la Facultad de Geografía e Historia, compañeros y amigos todos:

Se hace difícil que yo haga aquí una glosa de los muchísimos méritos contraídos por el profesor Hernández Perera, durante su etapa en Madrid, de su segunda etapa madrileña. Por incapacidad, no puedo recurrir al verbo florido, a la facundia literaria de la profesora Arias de Cossío, para continuar en esa misma línea. Yo —que me conozco, y que soy premioso para escribir aun cuando sean cuatro folios y luego leerlos tal y como los escribí—, me he limitado a apuntar una serie de aspectos, de manera muy breve, sobre la obra del profesor Hernández Perera, maestro y amigo. Porque, antes de continuar, yo quisiera hacer una observación: don Jesús me ha enseñado muchas cosas, en todos los campos. Pero, posiblemente, su influjo ha sido mayor, habiéndome enseñado mucho, en el campo de la ética, en el campo de las actitudes, en el campo de la disposición, en el campo de la humanidad.

Posiblemente, lo enseñado en el campo científico era a lo que venía obligado, con una calidad y con una capacidad inusuales, pero, como en el cuartel: se sobreentendía, y parece que era en buena parte una obligación. Pero lo otro, lo que no es medible, lo que no tiene un correlativo con lo estrictamente académico; lo que son modos de enfrentarse a los problemas, las sensibilidades en las relaciones personales..., eso es realmente impagable.

El año 72, al hilo de circunstancias en algún caso ingratas, el profesor Hernández Perera, don Jesús, se viene a Madrid. Participa en un concurso que permite también la integración en esta Universidad, de nuevo, a eximios profesores, algunos de los que nos honran con su presencia.

El año 72, digo, don Jesús participa en ese concurso de traslado y, en mi caso concreto, no me pregunta nunca sobre si hay alguna posibilidad, como si no me afectara, que «tú te irás a un Colegio Mayor, ¿verdad? Porque..., viviendo en un Colegio Mayor en La laguna, pues..., en fin, la cosa está resuelta... Algún problema mayor tendrá Ana María, porque está casada y tiene alguna situación personal más difícil. Y me temo que, al hilo de las circunstancias, Alfonso Trujillo (lamentablemente fallecido) no podrá ir».

Pues sí, la verdad es que no me lo pensé mucho. A pesar de que dentro de las magras retribuciones de la Universidad, pasábamos de la casi nada a la nada, no me lo pensé mucho. La posibilidad simple de continuar contando con una personalidad científica y, por encima de todo, humana, de la categoría de don Jesús, habría anulado cualquier reserva, incluso cualquier presión familiar. (Me refiero a mi familia, por aquello de que los solteros siempre andan un poco más asilvestrados.)

El año 72 inicia una labor que ha continuado hasta estos días, hasta estos momentos, de extraordinaria densidad. Son los años en que la Sección de Arte de Madrid ha sacado ya un par de promociones: muchos

de esos miembros de las primeras promociones quedaron como profesores en la Universidad, y fueron nuestros primeros compañeros... [para los] que aparecíamos, imagino, como estos dos insólitos canarios que se ha traído don Jesús de las islas para disputarnos el corto pan que había que repartir en aquel momento. La verdad es que el ambiente que encontramos fue con rapidez tremendamente grato; la relación fue tremendamente fecunda y, sin duda, buena parte de los méritos de esta aceptación fue la labor de cariño, de sensibilidad, de cortesía, de amistad, que lograba crear a su alrededor el profesor Hernández Perera, don Jesús. Y reitero en distintos momentos las palabras «don Jesús», porque, a pesar de sus múltiples esfuerzos para que apareara el tratamiento, a pesar de una relación que, como dice Ana María Arias de Cossío, es casi de una treintena de años, nunca he podido tratarlo de otra manera: «don Jesús». Porque, por encima del «don», estaba no un tratamiento social convencional, sino un señorío, un modo de ser, que me impide cualquier otro tipo de formulación.

Cuando llega a Madrid, se hace cargo de la primera cátedra y coincide casi en el tiempo (estamos hablando del 72-75) con los finales de un régimen que bastantes disgustos le dio en alguna ocasión, convirtiéndolo a algún director provincial en comisario grabador. Son éstos los años en que se están organizando unas enseñanzas universitarias en proceso de cambio; cambio administrativo y cambio de planes, adaptando un esquema preexistente que supo aglutinar y supo imbricar con el éxito que caracteriza casi todas sus iniciativas.

Decía Ana María que el año 72 dirigió el prof. Hernández Perera su primer tesis doctoral: la de ella; hay algunos que ya la teníamos en danza, aunque no habíamos estado tan diligentes, a pesar de los requerimientos cariñosos que periódicamente nos hacía. Pero, cuando hoy repaso la lista de tesis doctorales dirigidas por don Jesús, causa por lo menos un cierto asombro. Yo no tengo datos de comparación, es difícil, la dirección de tesis y de trabajos algunas veces no se han realizado en la propia universidad en que se imparte docencia. Las suyas son cincuenta y siete —y, a pesar de su extraordinaria pulcritud en este tipo de relaciones, he reparado en que alguna se le ha escapado—, de donde supongo que la cincuentena larga se convierta en una sesentena; si a esto añadimos que ha dirigido ciento sesenta memorias de licenciatura —las añoradas «tesinas»: yo creo que en bastantes campos, la primera espoleta para investigaciones posteriores—, no puede uno por menos de asombrarse. Y todo ello, combinándolo con la dirección, primero de la cátedra, luego del departamento; presidente de la Sección; auspiciador de aquella iniciativa del profesor Salas del Comité Español de Historia del Arte, como secretaría del I Congreso; luego

presidente del Comité durante un bienio... Todo ello combinándolo con la docencia en la Facultad, la docencia en el Curso de Extranjeros de la Universidad Complutense, los cursos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, los tribunales de tesis en otras universidades, las conferencias, como antes habían sido en Canarias. Decanato, Vicerrectorado y Rectorado, y todo ello, como ya comentaba Ana María, como algo cotidiano, que «lo podría hacer cualquiera», que «hoy me toca a mí y mañana a otro», que «esto no es importante», que «ésta es nuestra obligación»... Cuando sabemos que superaba muy mucho las obligaciones de aquéllos que, con mentalidad ciertamente funcional, circunscriben toda su labor a las ocho horas (más seis de tutorías de dudosa localización y supuestas labores investigadoras de inencontrable materialización posterior).

El relatorio de quiénes son sus primeros doctorandos me trae a la memoria, amén del citado y tan recordado amigo Alfonso Trujillo, a la profesora Fraga, hoy catedrática de la Universidad de La Laguna... (salto algún nombre que acaso en ámbitos no insulares quizá les resulten menos conocidos, pero no por ello menos importantes), la compañera Juanita Hidalgo, yo mismo (por aquello del orden), Marina Cuesta, Carmen Sotos, Rosario Alvarez, Rosa Faes, Mercedes López, Arsenio Moreno, Inocencio Cadiñano, Alberto Darías, Begoña Arrúe; y luego los que durante bastante tiempo formamos el equipo que, dentro del propio Departamento, éramos «los del 5.º C», el «clan» del 5.º C, algunos más rápidos en la materialización de las tesis y otros más detenidos: desde la amiga Carmen García-Ormachea a María Ángeles Toajas, José Ramón Paniagua, Carlos García Peña, Diego Suárez, Julia López, Elena Calatayud, y algún otro que posiblemente se me olvide; aquel grupo de investigadores dispersos sobre todo en los temas...

Y ésta es otra de las peculiaridades de Hernández Perera: no sólo ha sido un extraordinario maestro, un extraordinario docente, con cuyo verbo quedábamos un tanto traspuestos, sino que ha sido un extraordinario director de investigaciones de varia conmensuración. Unas veces trabajábamos en el campo de lo canario, desde los más diferentes frentes, para tocar luego sus tan queridos temas de orfebrería, o pasar luego a los temas de artes exóticas y primitivas, a preocupaciones por el ámbito de La Rioja, de Galicia, de Castilla... La verdad es que era una especie de visión caleidoscópica que, con mucha frecuencia, superaba el ámbito nacional para proyectarse a los tiburones chinos y a los influjos orientales sobre el arte occidental o la tratadística. Creo que no es del caso que yo haga ahora una reflexión sobre los distintos temas. Sí podemos recordar que se concentran en los temas de Canarias, en los temas de artes industriales y decorativas, en ámbitos no siempre tan re-

cogidos en programas de la propia universidad, como los de la música, a los que dedicó ya desde la época de La Laguna una especial atención y que estuvieron bien presentes en cuantas iniciativas alentó en ámbitos investigadores, ya sea desde el ámbito de los órganos segovianos, a la presencia de instrumentos musicales en el arte español.

Los reconocimientos para don Jesús han sido muchos y muy variados. Y yo quiero empezar con uno, por aquello de mi actual situación. A poco de su llegada a Madrid, las islas empezaron a tomar conciencia de qué habían perdido, y los reconocimientos fueron algo así como una pequeña catarata. Las distintas instituciones culturales de las islas pugnarán por recordar la excepcional labor realizada durante aquellos doce fecundos años laguneros. Y una de las iniciativas primeras fue la del nombramiento de miembro de honor de la Asociación de la Prensa de Santa Cruz de Tenerife. Tal propuesta está justamente a caballo entre una estancia y otra, y quiero recordar que el profesor Hernández Perera, don Jesús, fue el primer firmante de la propuesta para la incorporación de los estudios de periodismo a la Universidad. Desde hace diez años, casi, estoy impartiendo enseñanza en otra Facultad y en su labor para la más completa y efectiva consolidación de unas enseñanzas, aglutinando inicialmente procedencias tan diversas como la Escuela Oficial de Cine, la Escuela de Periodismo y los estudios de relaciones públicas y publicidad dispersos en distintas instituciones. Ahora que llevo diez años en esa casa y conozco algo mejor los avatares de su consolidación universitaria, no puedo por menos que sorprenderme de la extraordinaria capacidad, de la visión profética que el profesor Hernández Perera, en sintonía con otros profesores, rectores de universidades y profesores de aquellos centros de Madrid, tuvieron para la consolidación de una Facultad que luego, con un criterio globalizador envidiable, se conoce como la Facultad de Ciencias de la Información.

Académico Correspondiente de la Real de la Historia, Académico Correspondiente de Santa Isabel de Hungría, Académico Correspondiente de San Carlos de Valencia, Académico de Honor de San Miguel Arcángel de Santa Cruz de Tenerife, miembro de honor aquí y allá, hijo predilecto de aquí, hijo descado de allá... Tuvo en este momento todas las paternidades que, sin duda, se gozaban de su personalidad, de su valor y de su magisterio.

Ya indiqué mi limitación para imitar a mi amiga Ana María en un relatorio de los méritos investigadores del profesor Hernández Perera. La verdad es que en su estancia en Madrid, si sé contar, tiene sesenta y siete de su estancia madrileña primera, otra sesentena de sus años en Canarias y una cincuentena de artículos de sus colaboraciones en medios de investigación en la Península en su segunda etapa madrileña. Si

a esto unimos las recensiones, las ponencias, las comunicaciones, los distintos prólogos, introducciones, siempre deseados y anhelados por tantos de los que se interesan y preocupan por temas insulares, no podemos por menos de maravillarnos.

Sí quisiera rendir un pequeño homenaje, al hilo de sus libros de su segunda etapa madrileña, haciendo una pequeña glosa de algunos. De una parte, un texto amplio incluso dentro de un catálogo espléndido, dedicado al protagonismo del mar en el arte español, que sirvió de introducción a una exposición sobre el mismo tema que dedicaron los artistas canarios. De otra, hace ya bastantes años, fue de las primeras personas que dedicó un estudio amplio a ese llorado artista insular que es César Manrique. Es el primero que fue más allá de «César qué grande eres», o «hay que ver lo que vales y qué vitalidad tienes», para dotar a la obra de César de una apoyatura que al tiempo que artística era histórica, y al tiempo atenta a eso que ahora llamamos la *sensibilidad verdadera*, o hacia la ecología. Términos que hoy resultan casi ociosos, porque hasta el más indocumentado los utiliza, no siempre con rigor, con bastante ligereza, y en cambio él le supo dar incluso una imbricación con aspectos lingüísticos, que todos cuantos releemos aquel texto en alguna ocasión no podemos por menos de sorprendernos.

Luego, lógicamente, visto su peso, su amplio calado en el conocimiento de las islas y su cultura, es el momento de las grandes síntesis sobre el arte canario. La publicada por Edirca o la publicada en coedición con la editorial Noguer y la Fundación March. Al mismo tiempo que, docente dedicado durante años al Renacimiento, han salido de su pluma, en fechas recientes, textos dedicados al *Cinquecento italiano* (Planeta), el *Cinquecento y Manierismo* (Historia 16) y algunos más.

Hay otras labores calladas, casi anónimas, o por lo menos poco conocidas fuera del ámbito universitario, que conviene glosar. Durante años, fue vocal de la Sección de Artes Suntuarias e Industriales de la Junta de Calificación, Valoración y Exportación de Bienes del Patrimonio Histórico Español. Esas labores —ésta y alguna otra que omito para no resultar excesivamente preciosista— dan cuenta de unas dedicaciones que van muchísimo más allá de la obligación. Y de nuevo vuelvo a reiterar esa dedicación excepcional a la universidad y a la sociedad que el profesor Hernández Perera ha tenido a lo largo de su vida.

No quiero propiciar lágrimas citando, recitando, observaciones dichas por Ana María Arias de Cossío, pero, evidentemente, sin compañera, sin alientos desde la propia casa, muchas de estas cosas no se habrían podido hacer. Trascendiendo lo estrictamente especializado e insuflando sensibilidad social, María Josefa es el complemento ideal que don Jesús ha tenido a lo largo de su vida.

Como creo que a continuación interviene el amigo Diego Suárez, que nos cuenta qué es hoy, y esperamos que siga siendo durante muchos años, don Jesús, le cedo la palabra.

INTERVENCIÓN DE DIEGO SUÁREZ QUEVEDO

Supone para mí un gran placer y un verdadero orgullo decir, aquí y hoy, unas pocas palabras —el propio homenajeado me hubiera prevenido seguramente, diciéndome: «convendría que fueras breve»— sobre el Dr. Hernández Perera. Y lo hago en nombre y voz del Departamento de Historia del Arte-II (Moderno), al que pertenece el homenajeado, y como el discípulo genuinamente Complutense de los intervinientes: primeramente alumno suyo en las aulas de esta Facultad de Geografía e Historia, más tarde propiamente su discípulo y finalmente compañero de Departamento.

El trato afable con la ayuda y el consejo requeridos, siempre oportunamente brindados con un auténtico espíritu universitario y en la línea de un cordial Humanismo, han presidido en todo momento el magisterio de don Jesús —tratamiento que resume un cariñoso y amigable respeto— en cada uno de los estadios de mi devenir universitarario en la U.C.M.

Es, además, un auténtico privilegio el no pasar página de nada; el Dr. Hernández Perera sigue ahí, es —en singular— el Profesor Emérito del Departamento de Historia del Arte-II (Moderno), donde afortunadamente seguimos contando y usando —en ocasiones incluso, con su consentimiento, abusando— de su saber y experiencia que, en todo momento, abiertamente nos presta.

Nada de lo aquí dicho es hipérbole o exageración, o bien juicios más o menos huecos propicios para la ocasión; y de ello bien pueden hablar el resto de compañeros Complutenses, también discípulos del Dr. Hernández Perera o muy estrechamente vinculados al mismo, tanto de nuestro propio Departamento, como en el de Arte-III o en la Facultad de Bellas Artes, en nombre de los cuales, asimismo y de algún modo, también hablo. Así, las doctoras Carmen Pena López, Carmen García-Ormaechea, María Angeles Toajas Roger, Julián López Campuzano y Elena Calatayud Fernández; y los doctores José Ramón Paniagua Soto y Carlos García Peña.

En nombre de los mencionados, en el mío propio y del Departamento de Arte-II, cuya directora, la doctora Virginia Tovar Martín, no ha escatimado medios, modos y argumentos en la consecución de este homenaje, damos —y esperamos poder continuar haciéndolo— las gra-

cias al doctor Hernández Perera por su entrega y dedicación, de las que somos beneficiarios.

Particularmente nuestro agradecimiento al respaldo y cooperación del Gobierno Canario, concretizado en la persona del doctor Celso Martín de Guzmán, también profesor de esta Facultad de Geografía e Historia en el Departamento de Prehistoria, así como al continuo aliento que, desde sus inicios, encontró este homonaje en el Decanato de esta misma Facultad, singularmente por parte de su cabeza rectora, el doctor Portela Sandoval.